

ERES HERMOSA

Chuck Palahniuk

Fragmento

Incluso cuando atacaron a Penny, el juez se limitó a mirarla como si nada. El jurado reculaba. Los periodistas permanecían acobardados en la tribuna de prensa. Ni una sola persona en la sala acudió a socorrerla. El taquígrafo judicial siguió tecleando con diligencia, transcribiendo las palabras de Penny: «¡Me está haciendo daño! ¡Detenedlo, por favor!». Sus eficientes dedos teclearon la palabra: «¡No!». A continuación transcribió fonéticamente un largo gemido, un quejido y un grito. Siguió con una lista de las súplicas de Penny:

«¡Ayuda», teclearon sus dedos.

Y a continuación: «¡Basta!».

La situación habría sido distinta de haber habido otra mujer en la sala del tribunal, pero no era el caso. En los últimos meses se habían esfumado todas las mujeres. En la esfera pública brillaban por su ausencia. Todos los que contemplaban los forcejeos de Penny —el juez, los miembros del jurado y el público— eran hombres. El mundo se había vuelto un mundo de hombres.

El taquígrafo tecleó: «¡Por favor!».

Y a continuación: «¡No, por favor! ¡Aquí no!».

Aparte de él, Penny era la única que se movía. Su atacante le había bajado a la fuerza los pantalones deportivos hasta los tobillos. Le había arrancado la ropa interior, dejando su intimidad expuesta a cualquiera que se atreviera a mirar. Ella asestaba codazos y rodillazos, intentando escaparse. En sus asientos de la primera fila, los retratistas judiciales bosquejaban con trazos rápidos su lucha con el atacante, el revuelo de su ropa hecha jirones y los trallazos de su melena alborotada. Varias manos vacilantes se elevaban entre el público, sosteniendo con cuidado sus teléfonos móviles para sacar alguna foto subrepticia o bien grabar unos segundos de vídeo. Los chillidos de Penny parecían paralizar al resto de los presentes, y su voz rota arrancaba ecos por el recinto silencioso. Ya no se oía a una sola mujer violada: los remolinos reverberantes de sonido sugerían que estaban siendo atacadas una docena de mujeres. Un centenar. Que estaba gritando el mundo entero.

Penny seguía forcejeando en el estrado de los testigos. Luchando por juntar las piernas y por apartar de sí el dolor. Levantó la cabeza y trató de mirar a los ojos a alguien, a quien fuera. Un hombre se pegó las palmas de las manos a los costados

de la cabeza para cubrirse los oídos y cerró los ojos con fuerza, con la cara igual de roja que si fuera un niño asustado. A continuación Penny miró al juez, que suspiró lastimeramente a la vista de sus apuros pero no quiso pedir orden a martillazos. Un alguacil agachó la cabeza y habló en voz baja por un micrófono que tenía sujeto a la pechera. Con la pistola enfundada, cambió nerviosamente de postura y torció el gesto ante tanto grito.

Otros se miraban decorosamente el reloj de pulsera o bien comprobaban sus mensajes de texto, como si Penny los estuviera avergonzando. Como recriminándole que estuviera chillando y sangrando en público. Como si ese ataque y ese sufrimiento fueran culpa de ella.

Los abogados parecían encogerse dentro de sus caros trajes de raya diplomática. Revolvían nerviosamente sus papeles. Hasta el propio novio de Penny permanecía clavado a su asiento y mirando boquiabierto el brutal ataque del que estaba siendo objeto. Alguien debía de haber llamado a una ambulancia, porque pronto aparecieron unos enfermeros corriendo por el pasillo central.

Sollozando y arañando para defenderse, Penny intentó por todos los medios no perder el conocimiento. Si consiguiera ponerse de pie y salir trepando del estrado, podría echar a correr. Escaparse. La sala del tribunal estaba igual de abarrotada que un autobús urbano en hora punta, pero nadie prendía a su atacante ni intentaba sacarlo de allí. Al contrario: los que estaban de pie daban algún que otro paso atrás. Todos los espectadores estaban retrocediendo tanto como se lo permitían las paredes, dejando a Penny y a su violador en medio de un vacío cada vez más grande al frente de la sala.

Los dos enfermeros se abrieron paso entre el público. Cuando llegaron a donde estaba Penny, la mujer seguía jadeando y forcejeando y les dio un manotazo, pero ellos la tranquilizaron y le pidieron que se relajara. Le dijeron que estaba a salvo. Ya había pasado lo peor, que la había dejado helada, empapada de sudor y temblando por culpa de la impresión. La rodeaba una muralla de caras que miraban en todas direcciones e intentaban evitar las miradas del resto de caras igualmente avergonzadas.

Los enfermeros la pusieron en una camilla y uno le echó una manta por encima del cuerpo tembloroso mientras el otro la sujetaba con correas para impedir que se moviera. Por fin el juez se puso a golpear con su martillo para pedir un descanso.

El enfermero que le estaba ajustando las correas a Penny le preguntó:

—¿Puede decirme en qué año estamos?

Ella tenía la garganta irritada y dolorida de tanto gritar. La voz le salió ronca, pero dijo el año correcto.

—¿Me puede decir quién es el presidente? —preguntó el enfermero.

Penny estuvo a punto de decir que Clarissa Hind, pero se detuvo a tiempo. La presidenta Hind estaba muerta. La primera y única presidenta mujer de la historia estaba muerta.

—¿Puede decirnos cómo se llama usted?

Los dos enfermeros eran hombres, por supuesto.

—Penny —repuso—. Penny Harrigan.

Los dos hombres que estaban inclinados sobre ella dieron un grito ahogado al reconocer el nombre. Por un momento perdieron su expresión profesional para adoptar una sonrisa alegre.

—Ya me parecía a mí que me sonaba su cara —dijo uno de ellos en tono jovial.

El otro chasqueó los dedos, intentando exasperadamente recordar algo que no venía a la cabeza. Por fin exclamó con voz aguda:

—¡Usted es... usted es esa, la del National Enquirer!

El primero señaló con el dedo a Penny, ahora atada e indefensa bajo todas las miradas masculinas.

—Penny Harrigan —gritó, como si fuera una acusación—. ¡Es usted Penny Harrigan, la Cenicienta del Cerebritito!

Los dos hombres alzaron la camilla a la altura de su cintura. La multitud se apartó para dejarlos pasar hasta la salida.

El segundo enfermero asintió con la cabeza para indicar que conocía su historia.

—El tipo al que abandonó usted era algo así como el tío más rico del mundo, ¿no?

—Maxwell —le aclaró el primero—. Se llamaba Linus Maxwell. —Negó con la cabeza con gesto de incredulidad.

A Penny no solo la acababan de violar delante de un tribunal federal y con la sala llena de gente, sin que ninguno de los presentes moviera un dedo para detener al atacante; ahora además los empleados de la ambulancia la trataban de idiota.

—Se tendría que haber casado usted con él. —El primero de los camilleros mantuvo su asombro durante todo el trayecto hasta la ambulancia—. Mujer, si se hubiera casado con ese tipo, ahora sería más rica que Dios...

Cornelius Linus Maxwell. C. Linus Maxwell. Debido a su reputación de playboy y a sus siglas «C. Li. Max.», la prensa amarilla lo llamaban a menudo Gran Clímax. El mayor megamultimillonario del mundo.

Las mismas revistas la habían bautizado a ella como «la Cenicienta del Cerebritito». Penny Harrigan y Corny Maxwell. Se habían conocido un año atrás. Aunque parecía que hubiera pasado una vida entera. Parecía otro mundo.

Un mundo mejor.

Jamás en la historia de la humanidad había existido una época mejor para ser mujer. Penny lo sabía.

De chica, se repetía a sí misma este hecho como si fuera un mantra: «Jamás en la historia de la humanidad ha existido una época mejor para ser mujer».

Penny había tenido una vida perfecta, más o menos. Se había licenciado hacía poco en Derecho, y en el tercio superior de la clase, pero luego había suspendido dos veces el examen de habilitación para ejercer. ¡Dos veces! No es que tuviera un problema de inseguridad, pero sí que la había empezado a atormentar una idea: la inquietaba el hecho de que, por culpa de todas las arduas victorias que había cosechado la liberación femenina, ahora a ella ya no le pareciera un gran triunfo convertirse en abogada ambiciosa y dinámica. De hecho, ya no le parecía más atrevido que ser ama de casa en la década de 1950. Hacía un par de generaciones, la sociedad la habría animado a quedarse en casa y cuidar de sus hijos. Ahora todos la presionaban para que se hiciera abogada. O ingeniera aeroespacial. Y en cualquier caso, la validez de aquellos roles tenía más que ver con modas o con cuestiones políticas que con la propia Penny.

Había dedicado sus cursos de licenciatura a ganarse la aprobación de las profesoras de su departamento de estudios de género de la Universidad de Nebraska. Había cambiado los sueños de sus padres por los dogmas de sus instructoras, pero ninguna de aquellas perspectivas era genuinamente suya.

La verdad era que Penelope Ann Harrigan seguía siendo una buena hija —obediente, lista, diligente—, que hacía lo que le decían. Siempre había respetado la autoridad de sus mayores. Y sin embargo, aspiraba a algo más que el simple hecho de ganarse la aprobación de sus padres y otras figuras paternas y maternas. Con perdón de Simone de Beauvoir, Penny no quería ser una nada de tercera ola. Con todos los respetos para Bella Abzug, pero tampoco quería ser pos-nada. No quería reproducir los triunfos de Susan B. Anthony ni de Helen Gurley Brown. Quería una opción que no fuera ni abogada ni ama de casa. Ni santa ni puta. Una opción que no estuviera embarrancada en los detritos de un sueño victoriano. ¡Penny quería algo que fuera mucho más allá del feminismo en sí!

La inquietaba la idea de que alguna motivación profunda le estuviera impidiendo aprobar el examen de acceso. De que una parte sumergida de ella no quisiera ejercer de abogada, de forma que ahora no perdía la esperanza de que algo viniera a rescatarla de sus sueños pequeños y predecibles. Sus metas eran las mismas que habían tenido las mujeres radicales de hacía un siglo: hacerse abogada... competir con los hombres en igualdad de condiciones. Pero como sucede con todas las metas de segunda mano, se había convertido en una carga.

Ya la habían alcanzado diez millones de mujeres antes que ella. Penny quería un sueño propio, pero no tenía ni idea de cuál podía ser.

No había encontrado ese sueño haciendo de hija que se porta bien. Tampoco lo había encontrado regurgitando la rígida ideología de sus profesoras. La reconfortaba pensar que todas las chicas de su generación afrontaban la misma crisis. Todas habían heredado el mismo legado de libertad y todas tenían la responsabilidad histórica de crear una nueva frontera para la siguiente generación de mujeres jóvenes. De explorar territorio nuevo.

Pero hasta que un sueño distinto, novedoso y original asomara a su hermosa cabeza, Penny seguiría empeñada en hacer realidad el antiguo: conseguir el puesto más bajo en un bufete de abogados, ir a buscar donuts, trasladar sillas de un sitio a otro y empollar para el próximo examen de habilitación.

Y aunque no tenía más que veinticinco años, ya le preocupaba que se le estuviera pasando el arroz.

Nunca había confiado en sus propios instintos e impulsos naturales. Uno de sus mayores miedos era la posibilidad de no descubrir ni desarrollar jamás sus talentos e intuiciones más profundos. Sus dones especiales. No quería malgastar su vida persiguiendo los objetivos que le había puesto otra gente. Lo que quería era reclamar un poder y una autoridad —una fuerza primitiva e irresistible— que trascendiera los roles de género. Soñaba con esgrimir una magia en estado puro que fuera anterior a la civilización misma.

Y mientras se armaba de valor para enfrentarse por tercera vez al examen de habilitación, Penny iba a trabajar a Broome, Broome y Brillstein, el bufete más prestigioso de todo Manhattan. Para ser sinceros, ella no era uno de los socios, pero tampoco era una simple becaria. De acuerdo, de vez en cuando le tocaba bajar rápidamente al Starbucks del vestíbulo del edificio para pedir media docena de cafés con leche y unos capuchinos de soja semidescafeinados, pero no a diario. Otros días la mandaban a buscar más sillas para alguna reunión muy concurrida. Pero no era una becaria. Penny Harrigan todavía no era abogada, pero estaba claro que tampoco era una simple becaria.

Las jornadas de trabajo en BB&B eran muy largas, pero también podían ser excitantes. Ese día, por ejemplo, había oído ecos de truenos entre las torres del sur de Manhattan. Era el rugido de un helicóptero aterrizando en la azotea. A sesenta y siete pisos de altura, en el helipuerto. A Penny la cogió en la primera planta, transportando precariamente una endeble caja de cartón cargada con media docena de cafés moca calientes. Estaba esperando un ascensor. Allí estaba ella, reflejada en el metal bruñido de las puertas del ascensor: no era ninguna belleza, pero tampoco era fea. No era ni alta ni baja. El pelo se le veía bonito y limpio y le caía como una cascada sobre los hombros de su sencilla blusa de Brooks Brothers.

Tenía unos ojos castaños grandes y sinceros. Al cabo de un momento se le borró de golpe la expresión plácida y prístina.

Las puertas del ascensor se abrieron y del aparato recién llegado surgió una aglomeración de hombres enormes con trajes idénticos de color azul marino, como un equipo de fútbol americano en plena carga. Como si estuvieran haciéndole la carrera de ataque a un quarterback estrella, salieron todos con el hombro por delante, obligando a retroceder a la multitud impaciente. Forzada a apartarse a un lado, Penny no pudo evitar estirar el cuello para ver a quién estaban protegiendo. Todos los presentes que tenían alguna mano libre la usaron para sostener en alto sus teléfonos móviles y sacar fotos o grabar vídeos. Penny no veía nada a través de aquella muralla de trajes de sarga azul, pero al menos consiguió levantar la vista y ver la cara de la celebridad en las pantallas de los numerosos aparatos. El aire estaba colmado de clics electrónicos, de la estática y el parloteo de los walkie-talkies. Y de fondo se oía un ruido amortiguado de sollozos.

La mujer que ahora ocupaba las pantallitas de todos los teléfonos se estaba secando las mejillas con la esquina de un pañuelo de lino y encaje que ya estaba manchado de lágrimas y rímel. Hasta con las gafas de sol enormes que llevaba, su cara era inconfundible. Y por si todavía quedaba alguna duda, la resolvía el deslumbrante zafiro azul que llevaba colgado entre los pechos perfectos. Si había que creer a las revistas que uno se encontraba en la cola para pagar en el supermercado, era el zafiro sin imperfecciones más grande de la historia, de casi doscientos quilates. Había adornado el cuello de varias reinas de la antigüedad egipcia, de emperatrices romanas y zarinas rusas. A Penny le resultaba imposible imaginar qué razones podía tener para llorar una mujer que llevara una joya así.

Y de pronto lo entendió todo, incluyendo el helicóptero que estaba depositando a alguna megacelebridad en la azotea mientras aquella belleza traumatizada se escabullía del edificio. Ese día los socios mayoritarios estaban recogiendo los testimonios orales. Era el gran juicio de la pensión compensatoria.

Una voz masculina gritó desde la multitud:

—¡Alouette! ¡Alouette! ¿Todavía lo amas?

Y una voz femenina gritó:

—¿Aceptarías volver con él?

Todos los presentes parecieron contener la respiración al mismo tiempo, como si estuvieran esperando una revelación.

Enmarcada en los pequeños visores de un centenar de teléfonos, documentada desde todas las direcciones y ángulos, la llorosa beldad levantó su elegante barbilla y dijo:

—No pienso permitir que me dejen tirada. —Fracturada en todas aquellas perspectivas, tragó saliva—. Maxwell es el mejor amante que he conocido.

Haciendo caso omiso de una nueva ráfaga de preguntas, el equipo de seguridad se abrió paso entre la multitud de curiosos hasta la salida a la calle, donde ya había una comitiva de limusinas esperando junto a la acera. El espectáculo se terminó en un momento.

La mujer que había ocupado el centro de aquel revuelo era la actriz francesa Alouette D'Ambrosia. Ganadora en seis ocasiones de la Palma de Oro de Cannes. Galardonada con cuatro Oscars.

Penny se moría de ganas de mandarles un correo electrónico a sus padres para contarles lo que acababa de ver. Era una de las ventajas de trabajar en BB&B. Aunque solo se ocupara de llevar cafés, Penny seguía alegrándose de haberse marchado de casa. En Nebraska nunca veías a estrellas de cine.

La comitiva se había marchado. Todo el mundo seguía mirando en la dirección en que había desaparecido cuando una voz llamó a Penny en tono amigable:

—¡Chica de Omaha!

Era Monique, una compañera suya que trabajaba de administrativa para el bufete y que en ese momento llamaba la atención de Penny chasqueando los dedos y agitando los brazos. Al lado de Monique, con sus elaboradas uñas de porcelana tachonadas de vistosos cristales austríacos y sus largas extensiones con cuentas y plumas trenzadas, Penny siempre se sentía un gorrión gris e insulso.

—¿Has visto? —dijo Penny tartamudeando—. ¡Era Alouette D'Ambrosia!

Monique se abrió paso hasta ella, levantando la voz:

—¡Chica de Omaha, tienes que ir a la sesenta y cuatro! —Cogió a Penny del codo y tiró de ella hacia un ascensor que estaba esperando. El café caliente de las tazas se bamboleó y amenazó con derramarse—. El viejo Brillstein ha reunido a todo el equipo y están pidiendo más sillas a gritos.

La suposición de Penny había sido correcta. Eran los testimonios orales. El juicio por pensión compensatoria: D'Ambrosia contra Maxwell. Todo el mundo sabía que era un pleito frívolo. El hombre más rico del mundo había estado saliendo con la mujer más hermosa del mundo durante 136 días. Exactamente 136. Penny conocía los detalles del caso gracias a lo que leía en la cola del supermercado. En Nueva York las cajeras eran tan lentas y hurañas que te podías leer el National Enquirer de cabo a rabo mientras esperabas para pagar tu helado medio derretido de caramelo de leche tamaño grande. Según la prensa sensacionalista, su novio multimillonario le había regalado a Alouette el zafiro más grande del mundo. Habían estado de vacaciones en Fiji. En el glamuroso Fiji. Luego él había acabado con la aventura. Si no hubieran sido ellos, la historia se habría terminado ahí, pero esa pareja tenía al mundo entero mirándolos. Y seguramente para conservar la dignidad, ahora la novia plantada pedía una indemnización de cincuenta millones de dólares por daños emocionales.

Mientras entraban en el ascensor, una voz jovial llamó a Penny desde la otra punta del vestíbulo.

—¡Eh, palurda! —Las dos chicas se giraron para ver a un joven sonriente y lampiño con traje de raya diplomática que se acercaba a todo correr. Ya estaba a unos pocos pasos de ellas, esquivando a la gente y gritando—: ¡No dejéis que se cierre la puerta!

En vez de obedecer, Monique pulsó de un puñetazo el botón de cierre. Luego siguió aporreándolo con el pulgar, como si estuviera mandando un SOS en código Morse. Penny llevaba seis meses viviendo en la Gran Manzana y todavía no había visto a nadie pulsar un botón de ascensor menos de veinte veces seguidas. Las puertas se cerraron con un ruido sordo, a un par de palmos de la nariz aguileña del joven abogado, que se quedó fuera.

Se llamaba Tad y había coqueteado con Penny todas las veces que se habían visto. El apodo cariñoso con que se dirigía a ella era «Palurda», pero Tad representaba lo que la madre de Penny llamaría «un buen partido». Penny, por su parte, sospechaba que no lo era. En realidad, tenía la sensación de que él solo le prestaba atención porque estaba intentando intimar con Monique. Era la forma que tenían todos los hombres de ganarse el favor de una chica guapa: adulando a su mascota gorda y apestosa.

No es que Penny fuera apestosa. En realidad tampoco era gorda.

Y tampoco es que a Monique le importara. Con su ostentosa pose de animal de ciudad, ella aspiraba a cazar a un gestor de fondos de cobertura o a un oligarca ruso recién investido. No le daba ninguna vergüenza contarle a todo el mundo que su única aspiración era vivir en una casa del Upper East Side, zampando pastelillos Pop-Tarts y tirada todo el día en la cama. Ahora, soltando un enorme y falso suspiro de alivio, le dijo a Penny:

—¡Chica de Omaha, tendrías que dejar que ese pobre chico te hingue el renacuajo!

Penny no se sentía halagada por los guiños y los silbidos coquetos de Tad. Era consciente de ser la fea. El escalón intermedio.

Ya a bordo del ascensor, Monique elogió el traje que llevaba Penny para ir a trabajar. Sacó cadera y meneó un dedo en gesto reprobatorio. En su mano de chica sofisticada ya no le quedaba sitio ni para un solo anillo ostentoso más. Ahora frunció los labios, que tenía pintados en tres tonos distintos de brillo de labios púrpura, y dijo:

—¡Chica, me encanta tu figura retro! —Agitó las trenzas con cuentas—. Me encanta que no te importe tener esos muslos tan robustos.

Penny aceptó el cumplido, aunque no acababa de verlo claro. Monique era una amiga del trabajo, que no era lo mismo que una amiga de verdad. La vida en la

gran ciudad era distinta a la del Medio Oeste. En Nueva York tenías que conformarte con lo que encontrabas.

En la ciudad no había un solo gesto que no estuviera calculado para dominar. Hasta el último detalle del aspecto de una mujer era una demostración de estatus. Penny abrazó la caja de cartón donde llevaba los cafés ya tibios, sosteniéndola como si fuera un oso de peluche con aroma a vainilla; de pronto se sentía cohibida.

Monique echó un vistazo de reojo y dio un paso atrás, horrorizada por algo que Penny tenía en la cara. A juzgar por su mueca, como mínimo debía de ser una tarántula anidando.

—Hay un sitio en Chinatown... —empezó a decir Monique. Retrocedió un paso— donde pueden ocuparse de esos pelos bestiales de hombre lobo que te salen alrededor de la boca. —Y añadió con un susurro teatral—: Y es tan barato que hasta tú lo podrás pagar.

En la granja de sus padres en Shippee, Nebraska, de niña Penny había visto en los corrales gallinas que se mataban a picotazos con más sutileza.

Era obvio que algunas mujeres no habían recibido nunca el memorando sobre la fraternidad universal femenina.

Al llegar a la planta sesenta y cuatro, se abrieron las puertas del ascensor y las dos jóvenes fueron recibidas por los sagaces hocicos de cuatro pastores alemanes. Perros adiestrados para encontrar bombas. Un fornido guardia uniformado se les acercó para inspeccionarlas con una vara detectora de metales.

—Por encima de esta planta está todo cerrado —explicó Monique—. Como está en el edificio ya sabes quién, lo han evacuado todo entre la sesenta y cuatro y la azotea. —Con su descaro de siempre, Monique cogió a Penny del codo y repitió—: Corre a buscar sillas, chica. ¡Espabila!

Era ridículo. BB&B era el bufete más poderoso del país, pero siempre andaban cortos de sillas. Era como el juego de las sillas musicales: como llegaras tarde a cualquier reunión importante, te tocaba quedarte de pie. Por lo menos hasta que mandaban a algún subalterno como Penny a buscarte una silla.

Mientras Monique iba corriendo a la reunión para intentar entretener a los presentes, Penny fue probando a abrir una puerta tras otra, pero estaban todas cerradas con llave. Los pasillos se encontraban extrañamente desiertos, y a través de las ventanas de las puertas cerradas a cal y canto, Penny podía ver las sillas que los socios del bufete habían dejado frente a sus mesas. Normalmente nunca había mucho ruido en la atmósfera enrarecida de aquellas plantas ejecutivas, pero lo de ahora daba miedo. Ni una voz ni un ruido de pasos resonaba entre los paneles de las paredes y los elegantes paisajes al óleo del valle del Hudson. Las botellas abiertas de Evian habían sido abandonadas con tantas prisas que todavía burbujeaban.

Penny se había sacado primero una licenciatura de cuatro años en políticas de género, después había cursado dos años de derecho y ahora estaba reuniendo sillas para una gente demasiado perezosa o demasiado pretenciosa para llevarse las suyas a las reuniones. Estaba claro que esto no se lo iba a contar a sus padres por correo electrónico para que vieran lo bien que le iba.

Le empezó a vibrar el teléfono. Era un mensaje de texto de Monique: «TÍA, DÓNDE ESTÁN LAS SILLAS?». Llegado este punto Penny ya corría por los pasillos. Aguantando la caja de cartón de los cafés en equilibrio precario sobre una mano, arremetía contra las puertas y agarraba los pomos el tiempo justo para ver si giraban. Frenética, jadeando y corriendo de un despacho cerrado con llave al siguiente, ya estaba a punto de rendirse. Cuando uno de los pomos giró, la cogió desprevenida. La puerta se abrió de golpe hacia dentro y ella perdió el equilibrio. Atravesó el umbral desparramando por todos lados el café caliente y aterrizó en una superficie igual de blanda que un campo de tréboles. Tirada boca abajo, vio de cerca el tapiz de verdes, rojos y amarillos de un hermoso lecho de flores. Muchas flores. Acababa de aterrizar en un jardín. Hasta había aves exóticas posadas entre las rosas y las azucenas. Sin embargo, lo que tenía justo delante de la cara era un zapato negro y reluciente, suspendido en medio del aire. Un zapato de hombre, con la puntera en alto, como si estuviera a punto de arrearle una patada en los dientes.

Aquello no era un jardín de verdad. Las aves y flores no eran más que dibujos de una alfombra de estilo oriental. Se trataba de una pieza única en BB&B, teñida a mano y tejida en seda pura, y Penny comprendió inmediatamente de quién era el despacho. Se vio a sí misma reflejada en el brillo oscuro del zapato: con el pelo empapado de café y colgándole delante de los ojos, las mejillas ruborizadas, la boca abierta y jadeando en el suelo. Respirando agitadamente. La caída le había levantado la falda y le había dejado el trasero al aire. Gracias a Dios llevaba sus bragas de algodón opacas a la vieja usanza: si Penny hubiera llevado un tanga sexy, ahora se estaría muriendo de vergüenza.

Siguió con la mirada el zapato negro hasta llegar a un tobillo fuerte y fibrado, enfundado en un calcetín de rombos. Ni siquiera el desenfadado diseño de rombos verdes y dorados del calcetín podía ocultar los músculos de debajo. A continuación vio el dobladillo de un pantalón. Desde su ángulo contrapicado, siguió con la mirada la raya muy marcada de la pernera de franela gris hasta llegar a la rodilla. El corte y la costura exquisitos revelaban el contorno de un muslo poderoso. Piernas largas. Piernas de tenista, pensó Penny. Desde allí, la costura interior del pantalón condujo su mirada hasta un voluminoso paquete, como un puño enorme envuelto en franela suave y sedosa.

Penny sintió la humedad caliente que había entre el suelo y ella. Se estaba revolcando sobre las tazas aplastadas. Había cuatro litros de café moca semidescafeinado con leche de soja desnatada empapándole la ropa y cargándose esa alfombra de precio incalculable.

Hasta en el reflejo turbio del cuero lustrado del zapato, Penny pudo ver que las mejillas se le ruborizaban todavía más. Tragó saliva. Solo una voz rompió el encantamiento.

Una voz de hombre dijo algo. Su tono era firme, pero igual de suave que la alfombra de seda. Agradable y perpleja, la voz repitió:

—¿Nos han presentado?

Penny miró hacia arriba, más allá del velo de sus pestañas largas y parpadeantes. Avistó una cara a lo lejos. Al fondo de su perspectiva estaban los mismos rasgos que ella había visto mil veces en las revistas del corazón del supermercado. Tenía los ojos azules y la frente enmarcada por un flequillo adolescente de pelo rubio. Su sonrisa benévola le dibujaba sendos hoyuelos en las mejillas bien afeitadas. Su expresión era tan dócil y agradable como la de una muñeca. Ni en el ceño ni en las mejillas se le veía una arruga que sugiriese que alguna vez hubiera sentido preocupación o desdén. Penny sabía por las revistas que tenía cuarenta y nueve años. Tampoco tenía patas de gallo que indicaran que sonreía muy a menudo.

Todavía despatarrada en el suelo, Penny tragó saliva.

—¡Es usted! —chilló ella—. ¡O sea, usted es él! ¡Él es usted!

No era cliente del bufete. Al contrario: era el demandado en el caso de la pensión compensatoria. La única explicación de su presencia que se le ocurría a Penny era que hubiera ido para prestar declaración.

El hombre estaba sentado en un sillón para invitados, uno de los sillones Chippendale profusamente labrados y tapizados en rojo de la empresa. Se percibía un aroma penetrante a cuero y betún. Las paredes de la sala estaban cubiertas de diplomas enmarcados y de colecciones de tratados jurídicos encuadernados en cuero.

Detrás de él había una mesa de caoba cuyo rojizo lustre era resultado de un siglo entero de cera de abejas y roces de manos. Y de pie al otro lado de la mesa había una figura encorvada cuya calva llena de manchas de vejez emitía un resplandor casi igual de rojo. En su cara demacrada, los ojos legañosos le brillaban de indignación. Los labios finos y paralizados revelaban una dentadura postiza manchada de tabaco. En todos los diplomas, certificados y premios a la vista, escrito con elaborada caligrafía gótica, figuraba el nombre del señor don Albert Brillstein.

A modo de respuesta cortés al farfullar de Penny, el más joven de los dos hombres le preguntó sin perder la calma:

—¿Y usted quién es?

—No es nadie —gruñó el hombre que estaba de pie detrás del escritorio, el accionista mayoritario del bufete—. ¡Ni siquiera debería ...